

# reseñas bibliográficas

"Democracia cultural y eficacia sindical".  
— Varios. — Edit: Nuevas Estructuras.  
— 305 págs. — Buenos Aires, 1962.

La editorial "Nuevas Estructuras" nos entrega con esta traducción, un valioso instrumento para situar uno de los problemas más importantes del mundo moderno: la cultura obrera necesaria para llevar una eficaz acción sindical.

Dividida en tres partes, la primera nos presenta lo que hasta estos momentos se ha hecho por la educación de los obreros desde los sindicatos. Los autores se detienen especialmente en la tarea realizada por los sindicatos franceses en sus dos grandes centrales: la CGT y la CFTC. Como obra típica enderezada hacia la juventud, se destacan las líneas maestras de la labor pedagógica de la JOC.

La segunda parte se refiere a las distintas experiencias en diversos países. Además de los países europeos y Estados Unidos de Norte América, se dedica especial interés a los esfuerzos ya realizados por la UNESCO para colaborar en una obra tan necesaria.

Se agregan en capítulo aparte, dos esfuerzos realizados en la Argentina: el de la Federación de Empleados de Comercio y el del sindicalismo cristiano. Este capítulo no figura en la obra original francesa y, sin embargo, se destaca con caracteres bien definidos, debido principalmente a que el esfuerzo del sindicalismo cristiano no ha consistido en una mera repetición de iniciativas extranjeras, sino que constituye una nueva visión de la pedagogía para adultos, que ya ha llamado la atención en organismos internacionales.

La tercera parte se refiere a algunos problemas franceses en el orden sindical que pueden presentarse en otros países y, por lo tanto, conviene conocer la solución francesa.

La traducción de Juan M. Iglesias es ágil y permite leer con gusto esta obra, que viene a llenar un vacío en nuestra literatura sindical. El papel cada vez más importante que los sindicatos están

llamados a cumplir en nuestro medio es un índice de la importancia de una sólida formación por parte no sólo de los dirigentes, sino de todos los miembros de la organización obrera.

A través de los años, y desde mediados del siglo pasado, los trabajadores han luchado para que sus derechos sean reconocidos. La eficacia de esa acción se perdió muchas veces debido a la falta de una cultura obrera suficiente para contrarrestar las maniobras de los opositores. Hoy la situación ha cambiado y muchos de los dirigentes sindicales poseen una cultura profunda y bien apoyada en la realidad. Este libro intenta mostrar el camino que es necesario seguir para que los trabajadores puedan cumplir sin desmedro su papel social.

La Editorial "Nuevas Estructuras" demuestra así su inquietud por los problemas más importantes de la hora y hace honor a su nombre.

Fernando Storni.

CAMILLE ARAMBOURG. — "La génesis de la humanidad". — Editorial Universitaria de Buenos Aires. — Buenos Aires, 1961. — 80 págs.

Todo un acierto nos parece la publicación del 559 cuaderno de Eudeba, que verifica plenamente el lema de la colección: presentar al lector una información breve, clara y didáctica.

La obra de C. Arambourg —cuya traducción de la 5ª edición francesa (1957) puesta al día respecto de la 1ª (1943)—, es un buen resumen de los datos geológicos, arqueológicos y paleontológicos que poseemos. Tras ubicarnos en el marco de los fenómenos geobiológicos de la era cuaternaria (1ª parte), A. trata de ubicar la aparición del hombre actual en la serie zoológica, procurando trazar la línea en sentido inverso: el hombre actual, el "homo sapiens fossilis" con sus diversos tipos conocidos (cromañóide, Chancelde, y Grimaldi, citando al pasar los fósiles de África, el pekinense y el javanés), los homí-

nidos neanderthaloides, los pitecantropinos ("pithecanthropus erectus" de Dubois, el "sinanthropus pekinensis" de Davidson Black, y el "atlanthropus mauritanicus"), para llegar por último a los australopitécidos y los lemúridos del terciario. Las semejanzas y la distribución espaciotemporal de los diversos tipos, permitirían concluir a la sucesión genética los unos de los otros, en un lento proceso progresivo de desarrollo diferencial selectivo. Un poco simplista —aunque acertada— nos parece la manera con que Arambourg rechaza el poligenismo (pág. 6 y 75).

Mientras Arambourg no sale del terreno estrictamente científico, sus observaciones son acertadas. Lástima que cuando ocasionalmente se sale de su campo específico, sus asertos —que él mismo se encarga a veces de contradecir, vgr. pág. 5 y ss.— no resultan tan aceptables.

J. Luzzi.

ALBERTO CATURELLI. — "América Bifronte". — Edit. Troquel. — Buenos Aires, 1961.

La Biblioteca de Filosofía, que dirige el Prof. Manuel Gonzalo Casas, ha incluido en su colección este espléndido ensayo del Dr. Caturelli. A lo largo de sus páginas, se empeña el autor en presentar una exposición resumida pero profunda de lo que constituye nuestra modalidad esencial. Intento utilísimo para todos los argentinos, desgarrados por tantas crisis, en orden a encontrar un punto de partida desde el cual sea posible la construcción del edificio nacional.

América bifronte es nuestro incomprendible continente. Una tierra preñada de promesas pero al mismo tiempo desconcertante e incoherente a primera vista. De ella emergen obras de auténtica cultura, pero amanecen bañadas en la hostilidad del medio.

Hay un hecho mínimo pero alentador. América existe. Y si América existe quiere decir que es algo. Y si es algo quiere decir que ofrece una base de sustentación susceptible de un progreso ulterior. Toda la trama del presente libro es un buceo en esa misteriosa realidad primigenia.

Caturelli dedica varios de los capítulos de su obra al análisis del testimonio de varios pensadores europeos acerca de nuestra realidad autóctona. Y primero expone los ensayos que Hegel dedicó a América. Para el filósofo alemán, nuestro

continente está colocado en los confines, o mejor dicho, en las afueras de la historia. América es a-histórica, pura proyección. Por eso, en el concepto hegeliano, todo el ser auténtico de América está ubicado en el futuro. En este sentido nuestro continente es "la tierra del porvenir". Desarrolla después Caturelli el pensamiento de Ortega y Gasset, para quien el argentino es el hombre de la promesa herida. El argentino es el hombre que concibe ideas imperiales, pero acaba por gastar sus energías todas en una nimia pelea con el verdulero de la esquina. El diálogo con un argentino es el diálogo con una máscara: no se sabe qué hay detrás. Y sin embargo, acota ingeniosamente Ortega, lo más hermoso del argentino es "lo que está detrás", lo que, paradójicamente, se empeña en ocultar. Nuestro país es la patria de la incompetencia general, en donde surgen antes las cátedras que los hombres capaces de llevarlas. Sin embargo, este dinamismo "es el tesoro fabuloso que posee la Argentina... el pueblo con más vigorosos resortes históricos que existe hoy". Termina el autor estas citas con el testimonio del viajero alemán Keyserling para el cual América es el caos primigenio, el reino del reptil de sangre fría y del paisaje obtuso; y el criollo es un hombre que vive según los "brotes de la gana".

Después de presentar estos ensayos, se interna Caturelli por su propia cuenta en la médula de nuestra tierra, para tratar de captar su peculiaridad. Y distingue en nuestro continente dos elementos fundamentales. En América hay algo que es originario, una "cosa-ahí", lo bruto en sí: es la América indígena y precolombina. Esa América es improductiva, estéril en obras de cultura, porque carece de la más elemental reflexión, condición necesaria para cualquier expresión universal. La llegada de Colón —y con él del acerbo maravilloso de España— significa un comienzo, un conato de de-velación. Este trabajo, en el cual se entrelazaron el soldado y el sacerdote, ha durado siglos. Pero América aún no ha sido vencida por el descubrimiento. En cuanto aparece alguna manifestación de auténtica cultura, la América originaria tiende a fagocitarla. Esa lucha constante entre las dos Américas caracteriza la historia de nuestra insipiente cultura. Por eso no es extraño contemplar cómo se derrumban grandes empresas de la inteligencia, incapaces de sobrevivir a su creador.

La inautenticidad es, pues, un "existencial" nuestro. Es muy fácil imitar a



la cultura. Pululan entre nosotros muchas obras en donde lo más noble — arte, literatura y aun religión — queda completamente "bastardeado". Una reflexión filosófica sobre nuestra historia nos llevaría a observar un total divorcio entre nuestra constitucionalidad legal y la realidad sanguínea del país. La sedicente "cultura" ha sido impuesta a balazos, pero con esto ella misma acabó por suicidarse. Podremos construir grandes rascacielos, desarrollar técnicamente al país hasta equipararlo a las naciones más desarrolladas económicamente. Nadie podrá arrancar el auto-mío que crece bajo el improvisado rascacielo. En Europa, en cambio, la tierra se ha fertilizado, vencida por la cultura, y puede, a su vez, vencer ahora aun a la técnica más deshumanizada.

Caturelli no quiere dejar una sensación deprimente al lector que concluye la lectura de su libro. Al contrario, esta tierra "desmedrada" (al decir del P. Castellani) encierra grandes posibilidades. Nuestra misma inmadurez posibilita una originalidad sin inautenticidades. Debemos realizar una conjunción inteligente entre lo "originario" (causa de la originalidad) y el espíritu descubridor, que es "cristiano" por la generosa voluntad de Dios. El autor de América bífrente, tan benemérito por su ingente labor en favor de esta de-velación de nuestra patria, ha escrito un libro propio de un auténtico filósofo. Lo único que cabe es desear que sus páginas no sean asimiladas — o ignoradas — por la brutalidad de lo originario o por el desprecio de lo bastardo.

Alfredo Sáenz, S. J.

HENRIQUE DE GANDIA. — "La Independencia Americana". — Ensayo (227 páginas). — Colección "Los Libros del Mirasol". — Compañía General Fabril Editora, S. A. — Buenos Aires, 1961.

En una introducción y diez capítulos "ensaya" el autor la historia de la emancipación americana. Si hubiéramos de creer lo que, por vía de propaganda editorial, se lee en la parte exterior de la contratapa, "este libro refleja, como ningún otro, los odios e ideales que las guerras napoleónicas y los derechos naturales del hombre extendieron sobre el Nuevo Mundo, en una luminosa síntesis de los acontecimientos más trascendentales de la historia". Completando esta propa-

ganda, se agrega lo siguiente: "Bajo la luz profunda y renovadora de sus páginas cada deshecha vieja tradición y leyenda con las cuales se ha explicado hasta ahora la revolución americana".

Siendo una Editorial seria y responsable la que, mediante esta propaganda, nos anima a comprar y leer el libro, a pesar de tratarse de un autor que hasta ahora no ha acreditado su seriedad y responsabilidad científicas, no puede negarse que tales palabras de propaganda con que dicha Editorial compromete su nombre son eficaces, pues podría tratarse de una conversión del autor, quien tal vez lograría en esta ocasión conquistar por fin un prestigio aún no alcanzado.

Pero acabamos de leer, no sin gran esfuerzo, el libro de marras y hemos de confesar que no encontramos en él la "luminosa síntesis" prometida, ni la "luz profunda y renovadora" ante la cual caigan deshechas tradiciones y leyendas que no hubieran ya caído deshechas mucho antes de aparecer este libro, ni mucho menos convence la propaganda de que él refleje "como ningún otro" los odios e ideales de que ahí se habla.

Para que el lector no ponga en duda nuestra imparcialidad, vamos a presentarle tan sólo algunas muestras de la ingente multitud de contradicciones, falsedades, imprecisiones, desenfoques históricos que contiene este "ensayo" de Gandía. Analizarlo todo demandaría un espacio de que no dispone la revista.

En la introducción se dedica el autor a resumir o extraer, con muy poca fidelidad por cierto, las opiniones vertidas por historiadores americanos y españoles en un Congreso celebrado en Madrid hace más de doce años, o sea en octubre de 1949, acerca de las "causas y caracteres de la independencia de América".

Desde luego que ni uno solo de los participantes en aquel Congreso ha acertado con las causas de la independencia americana, según Gandía. A algunos les concede generosamente pequeños aciertos, pero nada más. En cambio, "nuestras teorías — dice — no fueron refutadas. Por el contrario, hallaron firmes sostenes" (p. 30). Estas teorías, cuya paternidad Gandía se atribuye, consisten en afirmar que la independencia americana fue el resultado de "una inmensa guerra civil", lo cual ya había sido dicho por don Bartolomé Mitre muchos años antes de que naciera Gandía, al afirmar en su Historia que la guerra por la independencia de América no había sido más que "una guerra civil entre americanos", afirmación

que ha sido después repetida por numerosos historiadores dentro y fuera del país y corroborada por los mismos hechos históricos, hoy perfectamente conocidos y enseñados hasta en no pocas escuelas primarias. Como esta teoría de la guerra civil es la tesis central del libro que comentamos, presentada como novedad, llega demasiado tarde para serlo. Desaparece así una de las tantas paternidades que Gandía se atribuye.

Respecto de las opiniones actuales que consideran las teorías civilistas del P. Francisco Suárez como la base en que se apoyaron los hombres de 1810 para depone al virrey y nombrar una Junta de gobierno independiente de las que se habían formado en España, dice Gandía que tales opiniones fueron "echadas a rodar" por el historiador español Giménez Fernández y repetidas, en la Argentina, por el P. Guillermo Furlong, S. J., y otros "imitadores, sin ningún análisis", pero que son totalmente falsas, pues los "admiradores contemporáneos" de Suárez no han entendido a éste. El, Gandía, es el único que posee suficiente formación teológica y filosófica para entender a Suárez. Como hace ya más de siete años demostramos con meridiana claridad que quien ni siquiera había leído ni mucho menos entendido a Suárez era el Sr. Gandía, no vemos necesidad de insistir en ello. Sólo recordaremos haberle demostrado documentalmente a Gandía cómo había mutilado antieramente frases del P. Suárez para hacer decir a éste lo que no decía. Y esas frases de Suárez por él mutiladas las conocía por primera vez a través de nuestro artículo, de donde las copió hasta con los errores de imprenta, sin caer en la menor cuenta de ello. Nuestra demostración de su plagio no pudo ser más clara y evidente. (Pueden verse nuestros artículos "Revisión de REVISION. En defensa del Doctor Angélico y del Doctor Eximio", en "ESTUDIOS", Nº 464 (septiembre-octubre de 1954), pp. 428-437, y "Otra revisión de REVISION" en el Nº 466 de la misma revista, (enero-marzo de 1955), pp. 40-54). En este libro vuelve Gandía a mutilar frases de Suárez, en lo cual no podemos ya admitir la ignorancia ni la buena fe, pues en nuestros artículos le citamos las frases íntegras de Suárez para que no pudiera ya alegar ignorancia.

Ahora transcribe aquí conceptos del jesuita P. Mateos en aquel citado Congreso, en los que dicho Padre niega que la independencia americana pueda basarse en la

doctrina católica. "Compartimos los conceptos del P. Mateos", dice Gandía. Y añade: "El catolicismo no creó, en absoluto las nuevas naciones hispanoamericanas. Esto lo podrán sostener quienes confunden catolicismo con la filosofía tomista o roussoniana; quienes no saben interpretar correctamente al teólogo Francisco Suárez...", etc. (p. 24), frases ridículas que sólo pueden ser leídas con una sonrisa compasiva. Para Gandía, pues, la independencia americana se basa en la doctrina tomista, es decir, de Santo Tomás de Aquino, que él identifica descabelladamente con la de Rousseau, pero no en una doctrina "católica". De lo cual se sigue que, según Gandía, la doctrina de Santo Tomás no es una doctrina "católica". Y esta sí que es una novedad, cuya paternidad concedemos gustosos al autor. Hace más de siete años emplazamos a Gandía a que nos citara una sola frase (ni siquiera le pedíamos dos) de Santo Tomás en que éste afirmara lo que él le atribuía. Y aún estamos esperando. Falsos Suárez y Sto. Tomás, no vamos a seguir con esta Introducción.

Sólo vamos a transcribir de ella un párrafo en que nos ataca de modo pintoresco. Se refiere a los compañeros del Paraguay y dice: "Como curiosidad anotamos el hecho de que sólo conocemos un caso de un historiador que, movido por un sectarismo impresionante, haya negado la trascendencia de Antequera y Mompó: es el jesuita argentino Avelino Ignacio Gómez Ferreyra" (p. 27). Pero la verdadera "curiosidad" es esta otra: resulta que este jesuita argentino, jamás, en sus más de cincuenta años de existencia, ni dormido ni despierto, se ha ocupado para nada de la trascendencia o intrascendencia de esos dos oscuros personajes. Esto basta para aguilatar la solvencia y el "impresionante sectarismo" de quien no se detiene ni ante la calumnia, pero distribuye a todo lo ancho y largo de su libro despectivos epítetos contra muchos eminentes y auténticos historiadores. Tales epítetos pueden leerse casi en cada página, pareciendo acusar un morboso complejo de inferioridad intelectual en el autor. Así, por ejemplo, a quienes sostienen la innegable tesis del sentido misionero de la conquista de América, comprobada por innumerables documentos a lo largo de más de un siglo, los denomina él burlescamente "semidoctos". Y ahí caen figuras de la talla de un Vicente D. Sierra, de un Pedro de Leturia, de un Constantino Bayle y de tantos otros, a quienes, por su elevada jerarquía intelectual,



no pueden alcanzar estas groserías del autor.

La historia del movimiento emancipador trata él de hacerla girar íntegra en torno de las Memorias del virrey Abascal, queriendo hacer creer que éstas son una novedad, pues nos dice (p. 148) que "rara vez fueron utilizadas por los historiadores argentinos", pero para contradecirse en la p. 159, afirmando que estas Memorias "nunca usadas" del virrey del Perú son el documento más importante que existe para la historia de la emancipación americana. Si "rara vez" fueron utilizadas, no puede después afirmarse, sin contradicción evidente, que "nunca" lo fueron. Además, nos dice (p. 149) que "ésta es la primera vez que se hace conocer una parte de sus ideas" (de esas Memorias), sin darse cuenta de que está utilizando el texto impreso, publicado muchos años antes, y no un inédito desconocido, ignorando, además, que las Memorias son el género histórico-literario menos fidedigno, como lo sabe cualquier alumno de historia medianamente ilustrado. Pero el placer de presentarse continuamente como descubridor de incontables fenómenos históricos (nunca dice en dónde dejó constancia de ello) lo induce a otras manifestaciones similares, que llevan a hartar al lector, como cuando nos afirma ser él quien ha descubierto el "testimonio ignorado" del ex-jesuita Diego León de Villafañe sobre la batalla de Tucumán, testimonio solamente "ignorado" por Gandía, puesto que había sido ya dado a conocer por el P. Pedro Grenón en Córdoba y por el P. Guillermo Furlong en Buenos Aires mucho antes de que él lo conociera. Y ésta es otra de las tantas paternidades que se atribuye Gandía. Pero "nihil sub sole novum".

De las Memorias de Abascal transcribe cantidad de páginas que nada tienen que ver con el tema, haciendo entre tanto afirmaciones antojadizas, como la de que "la Universidad de Lima era la más antigua de América", por ignorar que la de México era igualmente antigua, pues ambas fueron creadas en virtud de la misma Real Cédula de 1551. No menos antojadiza es la afirmación de que "Abascal era contrario a los jesuitas, aunque muy religioso y nacionalista" (p. 121) y la de que el Obispo Lué, de Buenos Aires, murió envenenado (p. 219), rumor que jamás pudo confirmarse, o que el Pbro. Alberti "murió oscuramente" (p. 218), y varias decenas más, entre las cuales no podemos dejar de mencionar su maravilloso descubrimiento contenido en la descabellada

frase sobre la "doctrina liberal católica", que nunca ha existido ni puede existir, pues Gandía sigue sin entender la diferencia que existe entre "libre" y "liberal", entre "libertad" y "liberalismo".

En págs. 117-118 nos trae la novedad, descubierta por él, de que el jansenismo se reduce a una cuestión de Patronato, confundiendo así jansenismo con regalismo y galicanismo, pues las cinco proposiciones condenadas del libro "Augustinus" de Jansenio nada tienen que ver con el Patronato, que era un derecho perfectamente legítimo de los reyes de España, o llamado como "privilegio" exclusivo a sus personas por el Sumo Pontífice. Y eso de que nadie, fuera del Pbro. Tonda, ha estudiado el jansenismo en América, demuestra una grave ignorancia en el autor.

Más adelante (p. 119) nos dice que en el monasterio de Concepción (Chile) había habido 1.041 monjas, ni una más ni una menos, y no quedaban más que 260. Tan monstruoso monasterio que pudiera albergar todo un ejército de más de mil monjas en aquella época es totalmente desconocido para los historiadores chilenos. El único monasterio de monjas de Concepción que se despobló después de la batalla de Mulpu fue el de las Trinitarias, albergadas luego por los patriotas en un galpón con capilla anexa hasta que pudieron volver a Concepción. Su número era muy reducido. Lo de las mil y tantas monjas en un solo monasterio corre por cuenta de Gandía, quien se burla a cada paso de los "críticos superficiales" que aceptan como verdad cualquier leyenda. Con un mínimo sentido de crítica histórica hubiera él evitado el dar crédito a tamaño despropósito, aunque lo atestiguara el más serio de los documentos.

Podríamos continuar casi hasta el infinito rectificando los muchos centenares de gratuitas afirmaciones, carentes de la más elemental crítica, que se contienen en este libro. Pero con lo dicho hasta aquí hay material más que suficiente para juzgarlo y condenarlo sin atenuantes ni apasionamiento. Todo cuanto se refiere a la emancipación americana puede conocerse a través de las obras de los verdaderos historiadores. Gandía no parece ir en camino de llegar a serlo.

Este libro sólo servirá para sembrar el más absurdo confusiónismo en quienes, sin suficiente formación histórica y crítica, lo lean. Sólo resta lamentar muy de veras que obra tan funesta haya visto la luz bajo los auspicios de una Editorial

seria y, sobre todo, acompañada de una propaganda tan engañosa, como lo indicamos al principio de esta nota. Obras como ésta no prestigian al país, ni a la Editorial, ni a la cultura argentina. Sencillamente nos desprestigian y nos exponen al ridículo ante la gente sensata.

**Avellino I. Gómez Ferreyra, S. J.**

**GUILLERMO FURLONG, S. J. — "Historia y bibliografía de las primeras imprentas rioplatenses (1700-1810)". — Tomo III. — La Imprenta en Buenos Aires (1808-1810). — La imprenta en Montevideo (1807-1810). — Librería del Plata. — Buenos Aires, 1959. — 461 págs., ilustr.**

Este volumen, el tercero de la primera serie destinada a la producción de los talleres del Paraguay (1700-1727), de Córdoba (1765-1767), de Buenos Aires (1780-1810) y de Montevideo (1807-1810), cierra el ciclo correspondiente al arte tipográfico durante la época hispana. El tomo que nos ocupa abarca exclusivamente el período 1808-1810 en la imprenta bonaerense y el de 1807-1810 de la de Montevideo.

Es de todos conocida la labor prodigiosa y fecunda realizada por el Padre Furlong en materia de bibliografía colonial. Con celo ejemplar y entusiasmo infatigable, desde 1918 nos viene ofreciendo eruditísimos estudios y hallazgos sorprendentes en este aspecto tan delicado y poco explorado de nuestra cultura.

La historia y bibliografía, cuyo volumen tercero tenemos a la vista, representa, por el esfuerzo cumplido, una hazaña similar a la que llevó a cabo, hace setenta años, el formidable investigador y crítico chileno José Toribio Medina. El Padre Furlong reconoce que es empresa temeraria recorrer las huellas de tan insigne bibliógrafo, pero no olvida que las conclusiones de esta rama del conocimiento nunca son seguras y definitivas. Antes al contrario, por su propia naturaleza, la bibliografía es la disciplina más expuesta a envejecer y, por lo tanto, a sufrir ampliaciones y rectificaciones. Y aquí reside, precisamente, el mérito extraordinario de la labor de Furlong. Su faena perseverante, metódica y rigurosa ha sido ejecutada, con admirable sentido crítico, sobre la base del monumento bibliográfico que levantó Medina, para perfeccionarlo y actualizarlo con nuevos aportes y las

reparaciones inevitables que exige el progreso del tiempo. Sus búsquedas afanosas y la cooperación desinteresada de algunos obreros entregados al mismo quehacer, como José Torre Revello, que el autor destaca y reconoce con noble probidad, le han permitido lograr descubrimientos y conquistas eruditas incorporadas hoy como principios a la historia de nuestra primitiva tipografía. Bajo este aspecto, la labor intelectual del Padre Furlong tiene un significado trascendente y reivindicador. En efecto, no pocos historiadores, con criterio tendencioso y superficial, han pretendido disminuir o negar, lisa y llanamente, el valor de la producción bibliográfica de la época colonial, diciendo que la misma, tanto por su fondo como por su forma, "es mala en su casi totalidad" y constituye así el mejor testimonio de la barbarie de la época y de la obra nefanda de España en América. Desde luego, el taller de Expósitos no hizo filigranas bibliográficas ni fue fundado —es ocioso decirlo— para esos alardes de lujo. Pero no es menos cierto, también, que, a despecho de las circunstancias de la época y de las innumerables dificultades, cumplió dignamente su misión histórica al servicio de las necesidades de la enseñanza y de la ilustración pública, primero, y de los ideales de la revolución de 1810, después. No obstante tratarse de una prensa modestísima, rudimentaria, con tipos desgastados y escasa e inexistente mano de obra, su labor fue sencillamente prodigiosa y muchos la juzgarán, sin duda alguna, como un verdadero milagro. De sus tórculos han salido miles de documentos, como bandos, manifiestos, proclamas, gacetas, hojas periódicas, catecismos, catones, rosarios, novenas, almanaques, guías, textos escolares y también, para orgullo de esos humildes talleres, algunos libros que son joyas por su calidad artística y muchos ejemplares bella y sobriamente impresos.

El prolijo inventario bibliográfico del Padre Furlong, adicionado con extensas referencias y notas eruditas, pone de manifiesto el mérito de esa alta empresa de cultura y rinde, a la vez, un justiciero tributo de gratitud histórica. La labor abnegada y silenciosa de los auténticos bibliógrafos tiene, cuando se la realiza austeramente, el valor de una caridad espiritual que otros aprovecharán y el significado de un ejemplo edificante para los intelectuales egoístas que no trabajan ad maiorem Dei gloriam.

**Domingo Buonocore.**



"Vies des Pères du désert". — Collection Ictys Lettres chrétiennes. — N° 4.

La historia de los monjes que poblaron los desiertos desde Egipto a la Mesopotamia es una de las más gloriosas epopeyas del cristianismo. Sin cesar ha inspirado a pintores y escritores. ¿Cómo no recordar, por ejemplo, la famosa tentación de San Antonio y de sus intérpretes!

Fiel a su línea, la colección "Lettres chrétiennes" da a luz las piezas principales: la célebre Vida de San Antonio, escrita por San Atanasio, la "Historia de los monjes" del historiador Teodoreto de Ciria.

En su sabrosa introducción el P. Hamman distingue dos tipos de monaquismo: los anacoretas de las ermitas, que viven siguiendo el modelo de S. Antonio, y los cenobitas de cierta vida común, cuyo padre fue S. Pacomio.

Unos y otros no eran ni caballeros, ni niños de coro, sino fuertes soldados, llegados del corazón del pueblo.

Sus grandezas y sus fragilidades aparecen maravillosamente descritas. Todos ellos van al desierto ansiosos de realizar el ideal evangélico, muchos plenifican sus ansias; otros vuelven sus ojos nostálgicamente y retornan a sus ciudades.

Estas vidas, cálidas de humanidad y amor divino, son las que llenan el presente volumen. Por ellas los cristianos sentimos, una vez más, la hermandad que nos estrecha en Cristo, a través de siglos de distancia.

P. M. F.

## LOS CUADERNOS ITALIANOS DE BUENOS AIRES

Con motivo de la visita que realizara el Presidente G. Gronchi a nuestro país, el Instituto Italiano de Cultura ha editado el primer número de la publicación bilingüe denominada "Quaderni Italiani di Buenos Aires". Estos Cuadernos constan de más de trescientas páginas, en las que han colaborado distinguidos intelectuales argentinos e italianos. Para dar una idea

de la obra reseñaremos dichas colaboraciones.

En primer lugar corresponde destacar "L'Intesa culturale", del Director del Instituto, Prof. Umberto Clancio, plena de sugerencias y observaciones sobre las relaciones culturales italo-argentinas. Siguen inmediatamente dos colaboraciones también escritas en italiano por dos personalidades bien conocidas entre nosotros: Benvenuto Terracini y Rodolfo Mondolfo: el último para referirse al centenario del nacimiento de Felipe Turati y Terracini a los mil años de la lengua italiana y más tarde a García Lorca. Sobre la poesía de Dante escribe G. Paparelli y sobre el teatro de Goldoni la prof. R. Halperín Donghi.

Las colaboraciones en castellano comienzan con "Mi primer encuentro con Dante", de Jorge Luis Borges, al que sigue un trabajo sobre Benedetto Croce, de Carlo Antoni. Mencionemos también los excelentes aportes de Eduardo Mallea, Héctor Murena, Mario Conti y Guido Piovene, todos escritos en español.

Por último señalemos una originalidad de los Cuadernos Italianos. Se trata de las versiones bilingües de poetas italianos y argentinos. Cotejando los textos en su original con la traducción (a cargo de U. Clancio), podemos captar esa sonoridad y armonía imposibles de trasladar totalmente de una lengua a otra y en la traducción el sentido que a veces resulta difícil de captar en un idioma extranjero: esto vale tanto para los que tienen el italiano o el español como lengua nativa. En el caso de referencia nos permite conocer algo de la producción de ese magnífico poeta que es Umberto Saba. Entre las versiones bilingües de autores argentinos figuran poesías de Borges, Mastromardi y Girri.

Finalmente, señalemos que, a pesar de las escasas satisfacciones y enormes sacrificios que reporta cualquier empresa editorial en nuestro país, existe por parte del Instituto Italiano de Cultura la firme intención de imprimir el segundo número de los Cuadernos en el menor tiempo que sea posible. Es de esperar que una iniciativa tan valiosa reciba de nuestro público la respuesta que merece.

Pablo Piacentini.